

HUMANISTAS Y UTOPISTAS EN *EL QUIJOTE**

Ernesto DE LA PEÑA

Τοῖς τῶν παλαιῶν ἀνδρῶν ὀμιλῆσαι γράμμασι
[Familiarizarse con los escritos de los antiguos.]

GALENO

(τὴν νῆσον) ὥστε ἄβατον ἀνθρώποις εἶναι
[para que (la isla) fuese inaccesible a los hombres.]

PLATÓN, *Critias*, 113e

Humanistas y utopistas representan, en principio, actitudes que coinciden: los primeros indagan en el pasado y descubren las culturas madres del Occidente, la griega y la latina, que dan las razones y crean las fórmulas para la vida civilizada. Los utopistas buscan algún lugar fuera de este mundo para que allí anide una cultura que suscite y permita la convivencia armoniosa de todos los seres humanos. Si los primeros ven hacia el pasado y los otros al futuro, el objetivo es realmente el mismo: edificar una casa digna del hombre, un sitio en que sus sueños y sus intereses se encuentren y puedan convivir en paz.

Entre la utopía y el humanismo hay, pues, esa relación íntima, ocasionalmente tan profunda que puede llegar a impedir la distinción entre quienes lucubran e inventan mundos inexistentes y aquellos que dedican sus fuerzas a la averiguación de las letras, las artes, la vida social y las instituciones del mundo antiguo, que llega a convertirse en norma y modelo de cualesquier tiempos.

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 8 de junio de 2006.

Los humanistas, llamados así por su trato directo con las fuentes en que se fundaba, para el Occidente, el concepto mismo de lo humano¹ proliferaron por toda Europa.

Pero, aparejada a todo ello, como señal de controversia de una sociedad en plena efervescencia, nace la Reforma, que instaura en Europa lo que se juzgó entonces como la gran herejía: Lutero, padre fundador, se levanta contra las corrupciones y abusos continuos del clero e instaura una época de crítica, introspección eclesiástica y decisiones de enorme importancia en la historia religiosa de Occidente. En el largo decurso histórico de la Iglesia se habían acumulado disensiones sobre puntos teológicos muy sutiles, como la incólume virginidad de María o las relaciones internas de la trinidad, con la todavía no resuelta querrela acerca de la procesión del Espíritu Santo, que sigue separando de la catolicidad respecto de las fórmulas ortodoxas griega y eslava. La llegada de Lutero a la escena teológico-religiosa de Europa la marcó para siempre. Ante su postura tomaron partido todos los hombres que piensan, amén de que en torno a sus razones y sinrazones entraron en juego los más poderosos intereses terrenales. Su insurgencia inquietó al Imperio y el antiguo monje agustino tuvo que entretentarse directamente con el gran soberano, Carlos V, en una lucha desigual en que, a pesar de las probabilidades a favor del emperador, no hubo un vencedor indiscutible: las razones monacales tuvieron más fuerza que la coalición de los príncipes reformados que capitularon en Mühlberg. Se había iniciado un periodo de profundas transformaciones que, entre otros factores, permiten a los historiadores hablar de una nueva etapa en el desarrollo espiritual y religioso de Europa.

Para la discusión e intercambio de ideas y la circulación de las noticias era indispensable un vehículo que uniera a la rapidez la accesibilidad. No es difícil imaginar que tocó a los libros ocupar este lugar insustituible en la cultura. La extraordinaria importancia que llegó a tener entonces la

¹ *Litterae humaniores* o *humaniora* a secas se llaman estas disciplinas en nuestros días, en que tan postradas están.

impresión se manifiesta, por ejemplo, en que es ya una realidad bienvenida la circulación profusa de ejemplares de las más diversas obras gracias a la invención de Gutenberg. Así se explica en parte la veloz difusión de la primera parte del Quijote.

Pero no solo la geografía real sufría un incremento notabilísimo, como si se hubieran duplicado de pronto las tierras habitables, sino que la aventura misma, las mil peripecias y los triunfos y descabros de tales expediciones dieron pábulo a que algunos hombres, deseosos, como dijimos, de hallar una fórmula ideal para la convivencia y la tranquilidad, soñaran con un lugar en que tal ilusión se pudiera hacer real.

Nacen las utopías,² que no son sino propuestas elegantes para que el hombre reflexione en sus relaciones sociales y sus sistemas de gobierno. El Nuevo Mundo había perdido pronto el atractivo de encarnar esa hermosa posibilidad, pues no mucho después de las primeras guerras de conquista y colonización comenzó a circular por Europa la llamada “leyenda negra”, a la que contribuyeron en buena medida los grabados, espléndidos por lo demás, de Theodor de Bry, donde se ve con lujo de detalles el encono con que las dos partes en contienda, los conquistadores europeos y los aborígenes americanos, se hostigaban. Es claro que estas obras plásticas sumaron su impacto negativo a las polémicas habidas entre quienes atacaban a los indios y quienes, como fray Bartolomé de Las Casas, los defendían.

Al acendrado eurocentrismo resultaba una píldora difícil de tragar la sospecha siquiera de que en otras latitudes pudiera haber seres racionales, organizados en sociedades que, sin comprender, desdeñaron inicialmente, y que tuvieran religiones diferentes al cristianismo, único manantial infalible de certezas ultraterrenas.

Nuestro Cervantes (podrían llamarlo nuestro todos los pueblos del mundo y ese es un notabilísimo privilegio de su creación: imaginar seres humanos que, sin perder su identidad nacional, hablen a la humanidad entera) recibió el influjo de un sabio colosal del Renacimiento. Filtradas

² οὐ τόπος = no lugar.

a través de su maestro López de Hoyos, el manco de Lepanto hereda muchas doctrinas y actitudes de un humanista cabal, quizás el más importante de todos: Erasmo de Rotterdam (1467-1536). La tersura de las relaciones que caracteriza a don Quijote, pese a sus frecuentes arrebatos justicieros, pone de relieve, mejor aún que la ira y sus desastrosas consecuencias, el deseo de un mundo regido invariablemente por los sanos principios de la convivencia y la bondad, la justicia y la comprensión. Don Alonso Quijano se ciñe la espada, empuña la lanza y se protege con la adarga solo porque no encuentra otra manera de mejorar su eterno y hacer mejores, inmejorables a sus habitantes. Envuelto como estaba por la textura de las caballerías, don Quijote de la Mancha combate y se enfrenta a todas las injusticias y cree derrotar todos los abusos y acabar con todos los excesos porque su ideal, tan lejano e irrealizable como convertir a Aldonza Lorenzo en una hermosísima dama, es que el mundo tenga un rostro cristiano, incluso a pesar de las transgresiones de los propios representantes de un cristianismo que solo existe como ficción.

Podrá objetarse que don Quijote se pasó la vida peleando e inmiscuyéndose en todo lo que no le importaba, pero con una visión más profunda de su verdadera personalidad podremos advertir que sus querellas son muestras de que desea con intensidad el bien de todos y, llevado por ese propósito cuya nobleza nadie podría objetar, se ve obligado a batirse contra las poderosas y omnipresentes fuerzas del mal. No importa, desde luego, que el Caballero las invente, que crea encontrarlas dondequiera pese a que, objetivamente, sean apacibles ciudadanos, campesinos asombrados, mansos rebaños o empeñosos molinos. Para don Quijote son delincuentes aviesos y mentidos, enemigos y violadores de doncellas desamparadas o temibles gigantes. Su realidad se halla en otra dimensión, mejor que la nuestra porque es la dimensión del deseo moral recto, compasivo y generoso.

Y su bonhomía nata, su mansedumbre incluso, pueden observarse en aquellos momentos en que mengua su fantasía y crece su sentido de lo real, pues de ese modo justiprecia al hombre en general y le muestra su

comedimiento espontáneo. Cuando está en casa de los duques, no demasiado lejano de la recuperación de su sensatez, el Caballero da señales de cortesía, comprensión y tolerancia. Para complacer a las damas que lo agasajan (él no se percata de que se burlan de él) accede a bailar con ellas, dejándonos entrever en ese gesto alguna lejana y desistida cortesanía. Son ejemplares los consejos que imparte a Sancho para el buen gobierno de la ínsula y ejemplar es también su prescindencia de los favores que le ofrece la enamorada Altisidora. En el código caballeresco, que respeta hasta más allá de lo posible, la temperancia es indicio de cumplimiento de los mandamientos de la Iglesia pero también y sobre todo, indica el verdadero temple y la fuerza espiritual del caballero andante.

Esto no quiere decir, sin embargo, que solo se ponga de manifiesto su excelencia moral en momentos de lucidez, todo lo contrario: don Quijote, precisamente a causa de su bondad profunda, su iracundia contra la malhechura del mundo, su ánimo nunca extinto de enderezar las torcidas sendas de los hombres, emprende su cruzada que su creador disimula y mitiga bajo los afeites de la ironía y la distancia narrativa. Pero tal asepsia no logra cubrir por completo la excelencia del Caballero, que desborda todos los cánones con los que, socarrona y sabiamente, fingió cercarlo Cervantes.

En este y en otros muchos sentidos, el Caballero es representante idóneo de las ideas de los utopistas por lo que mira al desprendimiento, al ánimo de ayuda, al espíritu verdaderamente humano de convivencia armonioso con los demás.

En los personajes de Cervantes hay una fibra de verdadera, profunda *pietas* que, gracias al Caballero y su Escudero, atraviesa todo el Quijote haciendo guiños y señales de inteligencia a todos los hombres, uniéndolos íntimamente en nuestra común naturaleza, nuestras inextirpables grandezas y pequeñeces, nuestras virtudes y nuestros vicios. Poco importa que el Caballero sea un chiflado y Sancho un rústico: la estatura humana de ambos se convierte en símbolo de todos y para todos los hombres. Esta lección de humanismo general, de compasión en el sentido lato, es

herencia directa de las enseñanzas que pueden extraerse de los antiguos, pero que, en el caso de Cervantes, proviene de una asimilación sorprendente de su medio, de sus lecturas, españolas e italianas principalmente, y de los asomos de erasmismo que encontramos en la novela. Aunque al escribir asomos no pretendo indicar una presurosa conquista de ciertos textos o actitudes, sino la adopción íntegra, íntima, de las lecciones mejores de una tradición que, fundamentalmente a través de Séneca, sentó sus reales en España y que nuestro autor asumió porque correspondía a su ser más representativo, a su verdadera fisonomía moral.

Precedidos por san Agustín, quien, en *La ciudad de Dios* hace una deslumbrante y convincente confrontación entre el mundo de los hombres, empecatado y sombrío, y el de pocos virtuosos, luminiscente, deseable e impecable, pero fuera de la tierra. Moro, Campanella, Bacon de Verulano, Harrison y otros más idearon utopías refulgentes, envidiables. En estos utopistas se encuentra un prurito humano, es decir, una intención social que no busca correlato en otra dimensión, sino en que se afina en la tierra y busca un lugar, esto es, un método coherente, para la correlación armónica, humanística, de todos los hombres. Todas estas utopías hablan de un lugar donde puede ser factible que el hombre erija una sociedad equitativa, en que a pesar de que convivan varias religiones y que haya intereses contrapuestos, la avenencia sea factible siempre, sin llegar a la violencia porque el bien común priva por encima de los particulares y la intención de todos está dirigida hacia esta meta. En numerosos pasajes de estas obras, quizás en especial en la utopía fundadora, la de Moro, se siente muy a las claras el ideal cristiano, pero hay una clara distinción que hacer; mientras en la teología optimista de Agustín es indispensable asumir los dogmas y consideraciones de los teólogos y, sobre todo, de los apologistas cristianos, en las del Renacimiento se deja que el peso de la responsabilidad repose con todo su peso sobre los hombros del ser humano, por sí y en sí, aun sin atender a los privilegios de la gracia teológica.

Las grandes hazañas de fundar sociedades perfectas, sin egoísmos ni envidias, sin anhelos de medrar a costa de los demás, han fracasado, cuando menos en su integridad, como el ensueño de Vasco de Quiroga, convertido hoy en una especie de gremio de artesanos, la conspiración de los iguales del soñador Gracchus Babeur, el icarismo de Étienne Cabet o la bien andante utopía jesuítica en el Paraguay, proscrita y exterminada por la conveniencia de la curia vaticana, hasta culminar en la New Harmony de Owen,³ para no comentar el desplome del comunismo históricamente real en la ex Unión Soviética. Y no dejemos de recordar las “neoplasias” modernas y contemporáneas, como la ciencia-ficción y el cyberpunk.⁴

Don Quijote lleva dentro de sí, en todo momento, su utopía, *es* la utopía porque en su falta de discriminación entre la realidad y la fantasía, entre los rebaños y los guerreros o los galeotes y los honrados, al no saber, o no importarle, que los molinos muelen grano y que los gigantes, según las ideas medievales y renacentistas, suelen ser seres aviesos y peligrosos, enemigos del género humano, no hay línea alguna de demarcación: el suyo no es sino un universo interior, un ensueño íntimo, como cualquier utopía, que se desploma en el mismo momento en que intervienen, solapados, los intereses personales, egoístas, disfrazados de comités, organizaciones ciudadanas, consejos de administración y otras engañifas similares.

El arrojo que caracteriza al Caballero, su ausencia de temor, su temeridad incluso y su buena disposición para ayudar a todos, sin importarle cuán maltrecho pueda salir de sus empresas, no solo lo segregan del mundo habitual, sino que le dan una dimensión sobrehumana que, a

³ La nueva comunidad de Indiana es un trasunto de la oweniana, que fracasó, lo mismo que su modelo, Lanark.

⁴ Tanto los héroes como los antihéroes del espacio cibernético de nuestros días han provocado la creación de una gran variedad de distopías, ficciones de sociedades condenadas a la violencia, las drogas y los innumerables inconvenientes del siglo XXI. Para la mentalidad educada a la manera clásica resulta difícil asimilar estas propuestas, a pesar de que no son, a fin de cuentas, sino las novísimas formas de Apocalipsis, con la adición de los medios contemporáneos de la informática.

fuerza de comentarse y llegar a ser objeto de imitación y convertirse en expresión común del español,⁵ lo han transformado en superhéroe.

La agudeza y el genio de Cervantes, tal vez buen conocedor de la ilusión utópica y sus consecuencias a menudo desastrosas, cambian el rumbo del humanismo e incluso la tarea del escritor al hacerlo creador, no de un tipo humano que, por supuesto lo es, sino de un individuo que, sin renunciar ni renegar de su íntima, profunda y cabal humanidad, se trueca en símbolo y objetivo de todos los hombres de buena voluntad. Al resumir lo que el cristianismo de Cristo pretendió, el cauce que sigue don Quijote triunfa de modo muy humano, quizás fuera mejor decir sobrehumano: al sortear los riesgos inherentes a sus aventuras, al desconocer y menospreciar los ardides de los demás, el Caballero de la Triste Figura vence y pasa por encima de cualquier escollo hasta alcanzar, incólume, la paradoja final: obtener la victoria definitiva al dejar atrás, derrotado, al enemigo de mayor encono, el ridículo.

⁵ Se habla de quijotismos, de que Fulano es “muy Quijote”, cuando se hace hincapié en el desinterés, las buenas intenciones, el desprendimiento y hasta la pérdida del sentido de la realidad.